

cierta sobre el partido que debes tomar?

—Apenas hace quince días que la vi a orillas del mar, en las cercanías de la propiedad del señor Hawarden.

—¿Dónde vive?

—Oí que *hablaban* de Park-Gate.

—¿Oíste que *hablaban*?... Así, pues, la señora en cuestión no iba sola.

—Estaba con ella un pintor que, por su parte, me ofreció cinco libras por cada sesión de una hora que me prestase para modelo.

—¡Cómo! Has encontrado una señora que te señala diez libras por mes y un pintor que te ofrece cinco por sesión, ¿y has rehusado semejantes ofrecimientos? Si fueses católica, diría que aspiras a ser canonizada. ¡Partamos, Emma, partamos! Primeramente, labrarás tu fortuna, y después la mía.

—¿Habría medio de averiguar si actualmente se encuentra en Park-Gate?

—Nada más fácil.

—¿Cómo?

—¿Por ventura no tenemos a Ricardo que también quiere trasladarse a Londres? Le llevaremos con nosotras, pues somos ricas para hacerlo. ¿Qué día vas al campo con tus amos?

—Todos los domingos.

—Dime como se llama el pintor y la señora de referencia.

—El se llama Rowmney; la señora Arabela.

—Rowmney... Arabela... Informarse en Park-Gate sobre el paradero de ambos... Está tranquila; no olvidaré nada. El sábado por la noche saldré para Chester en compañía de Ricardo; el domingo, a las diez de la mañana, me pasearé por las orillas del mar; allí nos encontraremos, y te explicaré el resultado de mis investigaciones.

—Pero considera que Ricardo va a perder su colocación de pastor.

—¡Bah! hace ya mucho tiempo que Ricardo dejó de serlo.

—¿Qué hace, pues?

—No lo sé a ciencia cierta... Probablemente ejerce el contrabando en pequeña escala.

—¡Ah, Dios mío! los contrabandistas son condenados a galeras.

—Sí, cuando son descubiertos; pero Ricardo es sagaz, y no se dejará coger. Sólo que, como ya empieza a ser conocido en estas costas, quizá fuera conveniente que se corriese un poco más lejos. Así, pues, hasta el domingo.

—Hasta el domingo; pero conste que no te prometo nada.

—¿Quién te exige una promesa? Cuando nos encontremos, resolveremos. En todo caso, no te olvides del dinero ni de la maleta.

Y se alejó con paso indolente y ligero, lo cual probaba que tenía ya formada una resolución.

Permanecí en el mismo sitio un instante más, inmóvil y taciturna, hasta que, por fin, reanudé mi camino, no sin antes dirigir una postrera mirada al espejo.

¡Desgraciadamente, el espejo me dió el mismo consejo que Amanda Strong!

V

El sábado siguiente, como de costumbre y a la misma hora que el sábado anterior, salimos para el campo. El cochero sacudió la fusta tres veces sobre el caballo, y a las dos horas diez minutos, nos apeábamos.

No había yo olvidado las instrucciones de Amanda. Embolsé las siete libras aumentadas con los doce chelines recibidos del señor Hawarden el día anterior. No había tenido necesidad de maleta; un pañuelo anudado en sus extremidades, era suficiente para contener mi ajuar.

Cosa difícil sería expresar los sentimientos que en mi alma se agitaron al entrar en aquella casa que quizás veía por última vez, bajo cuyo techo acaso no volvería a cobijarme y que al otro día, por la noche, abandonaría para correr hacia un mundo nuevo y desconocido, guiada por esa versátil divinidad que llaman el azar.

Consideraba, para el caso de resolver mi fuga, cuáles serían los obstáculos

que tendría que vencer. Por desgracia, no eran tales que pudiesen sofrenar el ímpetu de mis locos devaneos. La habitación de los niños estaba, lo mismo que la mía, en los bajos de la casa y daba al jardín; la puerta de éste daba salida a la playa, y en la playa me esperarían Amanda y su hermano.

A la hora convenida del día siguiente, me encontraba yo en la playa con los niños. Ricardo y Amanda me esperaban, precisamente en el sitio donde un mes antes había yo encontrado al señor Rowmney y a miss Arabela.

Hacia tres semanas que habían salido de Park-Gate. Ignorábase la dirección tomada por ellos; pero, la circunstancia de haberse dirigido a Chester, daba lugar a suponer que habían regresado a Londres.

En la incertidumbre, Amanda opinaba que debíamos partir; ése era también el parecer de Ricardo que se mostraba más interesado aún que su hermana en alejarse de las costas de Irlanda.

Habiendo, pues, mayoría de votos, se resolvió por la marcha.

La diligencia de Londres salía el día siguiente a las seis de la mañana, y Amanda había tenido la precaución de pedir dos asientos interiores y el de su hermano, en la imperial.

A las doce de la noche (era imposible emprender la marcha antes), Ricardo y Amanda estarían a la puerta del jardín; una barca nos conduciría a Chester, a cuyo punto llegaríamos una hora antes de la salida del *coach-post*.

Una vez tomados estos acuerdos, ambos hermanos se alejaron.

El día se deslizó con su habitual regularidad. He observado que nada transcurre más aprisa que los días metodizados, o mejor dicho, que luego de transeurridos, nada parece haberse sucedido con mayor rapidez; porque, en efecto, como ellos no han sido señalados por ningún suceso notable y sólo dejan vagos recuerdos, esos recuerdos se esfuman en los tonos grises y monótonos de una vida exenta de alegría y de dolores.

Llegó la noche; a la hora de costumbre, acostaron a los niños; cené con

los esposos Hawarden, y a las diez me retiré a mi dormitorio.

Habíame procurado pluma, tinta y papel, porque me proponía escribir dos cartas, al señor Hawarden y a mi madre.

Escribí al señor Hawarden agradeciéndole las bondades que le había merecido, y diciéndole que nunca olvidaría el feliz año pasado en su casa, pero que, cediendo a un deseo más poderoso que mi voluntad, me sentía arrastrada hacia la ciudad de las fantasías llamada Londres; que me iba, confiándome a sus oraciones y a las de su esposa, como lo hace al embarcar en frágil nave, el marino que va a cruzar un mar desconocido.

Dije a mi madre que, habiendo conseguido en casa de una opulenta señora de Londres (no le di otras explicaciones) un excelente empleo remunerado con diez libras mensuales, me ausentaba para dicha capital. Añadí que si la colocación era tal como se me había asegurado, muy en breve le demostraría mi gratitud por todos los cuidados que me había dispensado. Díjele, en fin (y en ello había un tanto de verdad), que si no le había dicho nada sobre el particular, ni dado un abrazo de despedida, era porque temía que, viéndome en sus brazos, me faltara el valor necesario para llevar a cabo mi resolución.

En habiendo escrito estas cartas, las sellé, puse en ellas sus respectivas direcciones, y me sentí más tranquila.

En otra casa cualquiera habría yo podido temer que sus habitantes se recogiesen aquella noche más tarde que de ordinario, o bien algún inoportuno encuentro en el jardín; pero la del señor Hawarden estaba gobernada por principios harto rígidos para que pudiesen sobrevenirme accidentes o contratiempos de esa naturaleza.

El reloj del comedor dió las once; después, oí la media. Este reloj marchaba con la misma regularidad que el otro de que tengo hablado, salvo que se le daba cuerda el domingo a mediodía, en vez de hacerlo el sábado.

Dejé transcurrir diez minutos; abracé a los dos niños, que estaban dur-

miendo, y que por la regularidad con que dormían revelaban su innegable filiación; abrí la ventana y me escurri al jardín, procurando, ya que no podía cerrarla, a lo menos entornarla lo mejor posible.

Al poner el pie fuera del umbral, vine obligada a detenerme un instante. Aunque no existía ningún grave peligro que temer, mi corazón latía con violencia. Por otra parte, la noche estaba oscura, y desde mi estancia en Hawarden, era presa de esos terrores pueriles que despiertan las tinieblas, terrores que jamás me habían asaltado cuando vivía en la alquería ni cuando se deslizaba mi existencia en la montaña.

Mas a poco, este terror, que arrancaba principalmente de la acción que yo cometía, se disipó de mi espíritu; mis ojos se acostumbraron a la obscuridad, y, gracias a la arena que lo cubría, pude distinguir el camino que se extendía ante mí como una larga cinta gris. Este sendero llevaba en derechura a la puerta del jardín, que miraba al mar, y hacia la cual eché a correr.

Al llegar junto a la puerta, me detuve; parecíame haber oído que hablaban del otro lado de la pared. No había nada de extraño en ello, porque Ricardo y Amanda debían esperar allí.

Recobré la respiración, y pregunté a media voz:

—¿Eres tú, Amanda?

La voz de mi amiga me respondió afirmativamente, y, dirigiéndose a Ricardo, oí que le decía:

—¡Es ella; aquí está!

Era indudable que, no obstante lo que habíamos convenido por la mañana, los dos jóvenes temían que yo no cumpliera mi palabra.

Abrí la puerta, para lo cual bastó dar vuelta a una llave. En verdad, jamás evasión alguna, destinada a producir los extraños resultados de la mía, fué acompañada de sucesos menos romancescos.

Detrás de la puerta estaban Ricardo y Amanda. Observé que él iba armado de una carabina y un par de pistolas. Habíase formado un mocetón de diez

y ocho años, fuerte y, al parecer, animoso y decidido.

Para evitar que, en nuestra ausencia, alguno se introdujese en el jardín Ricardo cerró la puerta y arrojó la llave por encima de la pared.

Recostada sobre la playa, a cortos pasos de distancia, nos esperaba una pequeña barca. Amanda y yo entramos en ella; Ricardo la empujó y saltó adentro en el momento que la navicilla empezaba a flotar; después, empuñando los remos, comenzó a bogar vigorosamente.

Recuerdo que era una magnífica noche del 1777, la noche del 15 al 16 de julio, cuando abandoné aquella apacible morada que no volvería a ver, dejando en pos de mí todos mis recuerdos de juventud y de inocencia, a través de los cuales ya no pasaría más que en alas de la fantasía y como Francesca de Rimini, cuyas son estas palabras: «El recuerdo más amargo, en los días aciagos, es el recuerdo de los días venturosos.»

Treinta y siete años han transcurrido desde aquella noche, y cuando cierrro los ojos y divaga mi pensamiento por el mundo de las abstracciones, pareceme que fué ayer, y se me representan todos los objetos que en tal momento hirieron mis pupilas y se apoderaron de mi alma.

El firmamento estaba obscuro, pero debido sólo a la ausencia de nuestro satélite. Millares de estrellas tachonaban su bóveda cerúlea, reflejándose en la sombría superficie de las aguas del golfo. La casa del señor Hawarden, frente a la cual cruzamos, silenciosamente, se destacaba como una masa cenicienta; en la cumbre de una pequeña colina, sobre la costa que dejábamos atrás, brillaba una luz, y en la opuesta margen un perro ladraba en algún invisible cortijo.

A las tres, poco más o menos, abordamos en la otra orilla del golfo; Ricardo condujo la barca junto a un pequeño balandro que estaba amarrado a la ribera; llamó por sus nombres a dos individuos, que había a bordo, los cuales se levantaron; cambió algunas palabras con ellos, les entregó sus ar-

mas, estrechó la mano de uno, abrazó al otro, saltó a tierra y diónos la mano para ayudarnos a bajar.

Tomamos el camino de Chester, distante una legua, aproximadamente, de la playa.

Para lugareños como nosotros, una legua era poca cosa. Yo llevaba mi pequeño envoltorio; el de Amanda, algo más abultado, llevábalo Ricardo, quien, a buen seguro, no poseía otras prendas de vestir que las que llevaba encima.

Llegamos a Chester al amanecer. Ricardo nos condujo a un figón inmediato al despacho de la diligencia. Amanda y yo tomamos una taza de leche; Ricardo, menos campestre que nosotras, apuró un vaso de gin. La hora se pasó mal que bien, y a las seis tomamos asiento en el carruaje.

El trayecto no nos ofreció ningún incidente digno de ser notado en este lugar. Atravesamos las principales poblaciones de Inglaterra, Sitchfield, Coventry, Oxford, y al tercero día llegamos a Londres, sobre las cuatro de la tarde.

Ricardo se había provisto de la dirección de una modesta posada, cuyo dueño mantenía, según todos los indicios, relaciones con los contrabandistas de la costa.

Esta posada estaba situada en la pequeña calle de Villiers, que salía, por uno de sus extremos, al Támesis, y por el otro al Strand.

Declaro que a mi entrada en Londres, me sentí más asustada que sorprendida. Tantos vehículos cruzándose en todos sentidos; ese ruido más formidable que el del trueno; esos transeuntes azorados, que no caminan, sino corren; esa atmósfera, pura y diáfana en la campiña, densa y opaca en la ciudad; esa mísera posada, en fin, término de una marcha de sesenta leguas, todo esto no era a propósito para imprimir un sello de poética y dorada realidad a mis ensueños.

Ricardo pidió una habitación para nosotras dos; la incertidumbre en que yo estaba acerca del domicilio de miss Arabela en Londres, no me dejaba un momento de reposo; por lo que, no bien hube terminado mi tocado, y en

tanto que Amanda descansaba, me hice acompañar por Ricardo a la calle de Oxford. El joven no conocía mejor que yo el camino que conducía a la meta de todas mis esperanzas; preguntó repetidas veces la dirección que debíamos tomar, y por fin llegamos a la mencionada calle en menos de quince minutos.

El número 23 aparecía en la puerta de un encantador hotelito, en el que se veía, a través de una reja y al otro lado del patio, la frondosa vegetación de un jardín.

Un suizo vistiendo amplia librea permanecía en pie junto a la puerta principal.

No sin algún recelo dirigí la palabra al criado, que me parecía personaje respetable; y con voz temblorosa por una doble emoción, le pregunté si miss Arabela se encontraba en Londres.

—¿Qué solicita usted de su señoría? —preguntó el suizo.

—Tuve el honor de verla en Chester, hace un mes aproximadamente — respondí; —díjome que viniese a encontrarla en Londres, y he aquí la dirección que me dió.

El suizo tiró de la cuerda de una campana, que dejó oír su metálico sonido, y se presentó una mujer de unos cuarenta años y que tenía el aspecto de ama de llaves.

—Responda usted a esta joven, mistress Northon — dijo el suizo volviendo a tomar su digna actitud y su majestuosa inmovilidad.

Repetí al ama de llaves lo que había dicho al suizo y le presenté las señas que, de su domicilio, me había dado miss Arabela.

—Es, en efecto, la letra de la señora — dijo, después que hubo leído. — Desgraciadamente, la señora no está en Londres.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde está?... ¡Yo, que venía con el expreso objeto de verla!

—La última carta suya que hemos recibido, estaba fechada en Douvres, y en ella nos anunciaba que iba a embarcarse para Francia.

Con el corazón oprimido por esta primera decepción, pregunté:

—¿Nada les hace sospechar la época de su regreso?

—Nada; únicamente, es probable que la señora esté de vuelta para las carreras.

—¿Y cuándo son las carreras?

—Del 15 al 25 de agosto.

—¿Qué hacer?—pregunté a Ricardo, volviéndome hacia él.

—¡Caramba!—respondió;—esperar.

—Si la señorita quiere inscribir su nombre—dijo el ama de llaves,—lo entregaremos a la señora en seguida que llegue.

—Con mucho gusto.

Entré en la garita del suizo, y escribí en una hoja de papel: *Emma Lyon*.

—¿Tendrá usted la bondad de decir a la señora que soy la joven con quien habló en el ducado de Gales, a orillas del mar, y a la cual dejó la dirección de su domicilio para que viniese a Londres, a reunirse con ella?

—¿Y dónde se la encontrará a usted, si la señora dispone que se la avise?

—No lo sé todavía, e ignoro asimismo cuál será mi futuro paradero.

—En el interin—dijo Ricardo,—nos alojamos...

Le interrumpí, comprendiendo que la indicación de nuestro albergue daría poca consideración a nuestras personas.

—Por ahora—repuse,—se sabrá de mí en casa del señor Jaime Hawarden, cirujano, en *Leicester square*. ¿Quiere usted escribir debajo de mi nombre las señas de su domicilio?

—No hay por qué; es el que curó a Tom, cuando se rompió la pierna.

—Gracias... Y ahora—dije a Ricardo,—tenga la bondad de acompañarme a casa del señor Hawarden.

El joven se informó acerca del camino que debíamos seguir; por fortuna, *Leicester square* no estaba muy distante de la calle de Oxford, y reanudamos nuestro camino.

VI

El señor Jaime Hawarden no se encontraba en casa; pero estaría de vuelta antes de las siete, y eran las cinco y media.

Me invitaron a esperarle.

Pedí a Ricardo que volviese a la posada, que no debía estar muy lejos de *Leicester square*, y que viniese a buscarme de allí a una hora. En efecto, *Leicester square* estaba situado entre la calle de Oxford y el Támesis, al cual miraban las ventanas de nuestro aposento.

Al cabo de media hora o tres o cuatro golpes consecutivos dados en la puerta; era el dueño que llegaba y se anunciaba en esta forma.

Entró en una especie de locutorio donde yo le esperaba, y, aunque las sombras de la noche empezaban a extenderse, me reconoció al instante.

—¡Ah, es usted, hija mía!—dijo con una sonrisa no exenta de cierta melancolía.—Estaba seguro, cuando salí de Hawarden, de que no pasaría mucho tiempo sin verla en Londres.

—¿Por ventura censura usted mi proceder, señor?—le pregunté.

—No... La juventud es aventurera y la belleza tiene sus destinos felices o funestos, a los cuales no puede substraerse. ¿Quiere usted pasar a mi despacho? Estaremos mejor para conversar, pues me figuro que no es poco lo que tiene usted que decirme.

—Sí, tal, en el supuesto de que sea usted lo bastante amable para escucharme.

—Sígame usted, hija mía.

Y siendo un candelabro de tres bujías, empezó a caminar delante de mí. Entramos y tomamos asiento en un gabinete sencillo y elegante a la par.

—Y bien—me dijo,—¿qué la trae por aquí?

—Señor—respondí,—cuando le pre-

gunté si conocía usted a Rowmney y le dije que era pariente de una de las pensionistas de la señora Colmann, falté a la verdad.

El señor Hawarden se sonrió con extraña sonrisa.

—Se equivoca usted—añadí sintiendo que el rubor me subía al rostro;—no he visto a Rowmney más que una sola vez, en la orilla del mar, en compañía de una señora que se llama miss Arabela.

—Ciertamente—dijo el señor Hawarden,—tengo entendido que Rowmney recorría el país con ella.

—Ahora—continué,—déjeme usted decirle la verdad.

Y le conté nuestra entrevista con todos sus pormenores; lo de la dirección que me diera miss Arabela; los ofrecimientos que ambos me hicieron; le dije, sin ocultarle nada, el modo como me ausenté de la casa de su padre y había llegado a Londres, y la visita sin resultado que acababa de hacer en la calle de Oxford.

Dejéme hablar; luego que hube terminado, díjome, mirándome fijamente y asiendo mis manos entre las suyas:

—Hija mía (y su acento era melancólico, y a la vez solemne), cuando se tiene su edad y su belleza, se presentan en la vida dos caminos: el uno recto y llano, a través de una planicie monótona y serena, que conduce, por el matrimonio, a la maternidad y a una vejez honrada y respetable; el otro, que unas veces se eleva, otras declina, ora deja entrever espléndidos horizontes, ora obliga a atravesar enlodados pantanos. Siguiendo este último, se llega por tres etapas al final de la vida: la primera se llama orgullo, la segunda fortuna, la tercera oprobio. Usted se encuentra en la encrucijada de ambas sendas: elija entre una u otra.

—¡Oh, señor! ¿Y me lo pregunta usted?

—Sí, hija mía, puedo y debo preguntárselo, porque antes que moralista soy filósofo. Así que, no creo, conforme aseguran algunos espíritus intransigentes, que el hombre disfrute en absoluto de su libre albedrío; creo en el predominio irresistible de la materia sobre

el alma, más aún que en la influencia del alma sobre la materia. Usted tomará la senda recta y simple, de la que la desviarán, alternativamente, las tinieblas de la noche y la embriaguez de los sentidos. Sanos consejos y un guía prudente la restablecerán en el buen camino; yo seré ese consejero, ese guía, si usted quiere. Pero existen tales condiciones primitivas en ciertos organismos, que de ellas no pueden triunfar ni los consejos ni el ejemplo. La sociedad las rechaza, la ley las castiga, pero la ciencia las compadece y a las veces las absuelve. Por ahora, hay una ventaja de más emprendiendo el camino bueno; supone ya un favor de la Providencia el no haber encontrado en su casa a esa mujer. ¿Quiere usted prometerme que no irá a su casa ni a la de Rowmney, y voy a ocuparme seriamente de usted?

Yo guardé silencio.

—¿Titubea usted?—me preguntó.

—No, señor, pero yo había acariciado sueños dorados y seductores. Tanto me dijeron que si venía a Londres, labraría mi fortuna, que, sin parar mientes en los medios que debían proporcionármela, he venido. ¿Es demasiado pedirle a usted cinco minutos para dar a esos sueños el tiempo de desvanecerse?

—¡Pobre niña!—murmuró el doctor.

Quedé cabizbaja; sentía su mirada clavada en mí; parecíame que esta mirada penetraba hasta mi alma, comunicándole una fuerza de voluntad que le era desconocida hasta entonces.

—Señor—continué al cabo de un rato,—le prometo a usted que, por mi parte, no pondré los medios para encontrar ni a miss Arabela ni al señor Rowmney; le doy palabra de que no los buscaré... pero, si son ellos los que me buscan a mí, si nos encontramos sin haberlo solicitado yo, no le aseguro que tenga bastante fuerza para resistir a la tentación.

—Habrás usted hecho lo que podía—observó el señor Hawarden,—y no puede exigirse más a una hija de Eva.

En aquel instante se oyeron dos golpes dados en la puerta; el modo de

golpear denunciaba la condición humilde del que llamaba.

Yo me estremecí.

—¿Qué le pasa a usted?—me preguntó el doctor.

—Señor—repuse,—probablemente es Ricardo, el hermano de Amanda Strong, que viene a buscarme. Si usted quiere que me aproveche de sus buenos consejos, no permita que vuelva al lado de mi amiga; es ella la que me indujo a correr la aventura de venir a Londres, y si me pierdo, tengo el presentimiento de que mi perdición será obra suya.

—Está bien; diga usted que por esta noche se queda aquí, y que yo la albergue en mi casa, porque espero encontrarle colocación mañana.

El criado que me había recibido cuando llegué a la casa, abrió la puerta, y dirigiéndose al dueño:

—Señor—dijo,—es el joven que acompañó a esta señorita y que ahora viene en su busca.

—Que entre—repuso el señor Hawarden.

Y abrió una puerta que comunicaba con un salón en el que estaba bordando una joven de unos veinticuatro años, y a cuyos pies veíase un niño sentado que ojeaba un libro de láminas.

—Querida—dijo el doctor,—he aquí a la joven de quien te hablé a mi regreso de Hawarden; acaba de llegar de casa de mi padre, y espero que serás lo bastante bondadosa para darle hospitalidad hasta mañana, que me propongo colocarla en buenas condiciones.

La joven se levantó y vino a mi encuentro.

Ricardo apareció en la puerta de la habitación.

—Ricardo—me apresuré a decir,—discúlpeme usted ante su hermana, pero los señores Hawarden me hospedan en su casa. Si se cumple la esperanza que me da mi digno protector, recibirán ustedes inmediatamente noticias mías.

—Ya le decía yo, señorita, que no había por qué desesperar. Dios es muy bondadoso, y en Londres hay cabida para todos los que vienen. En cualquier

caso, señor Hawarden, podrá usted ufanarse de haber favorecido a la que era ayer la joven más hermosa de la comarca y que seguramente lo es también de Londres. ¡Hasta más ver, señorita Emma! ¡Señores, que Dios se lo pague!

Y Ricardo salió entusiasmado con la fortuna que se me presentaba.

Esta fortuna, empero, no era la que yo perseguía. Para mí, la felicidad consistía en una vida ruidosa y agitada, plétórica de emociones, con sus repentinos encumbramientos, con impenitentes caídas y accidentes imprevistos. En verdad, esta joven que abrazaba a su marido lo mismo que a un padre; que se mostraba tranquila y sonriente junto al niño, el cual, dicho sea de paso, ni siquiera apartó los ojos de sus láminas para mirar al visitante; esta joven, repito, que reanudaba su labor con una placidez que revelaba no haber sentido nunca la fiebre de las pasiones, esta mujer era feliz; pero conforme lo había explicado el sabio doctor, hay dos temperamentos, a los cuales no podía bastar esa fría felicidad.

Además, ¿qué probabilidades podía tener yo de llegar al nivel que ella había logrado? ¿Había nacido rica y respetada como ella, para encontrar, a los diez y ocho años, un esposo ilustre en el mundo de la ciencia, que me llevase a un salón elegante, cálido, cómodo y suave como un nido? No; yo era una pobre lugareña, sin fortuna, casi sin educación; no me atrevía a responder cuando me preguntaban de mi madre, y en cuanto al nombre de mi padre, no lo sabía con certeza.

Era hermosa: a eso se reducía todo. Debía, pues, pedir a mi belleza lo que las otras pedían a su educación, a su nacimiento, a su fortuna. No poseyendo otro patrimonio, era evidente que Dios me la había otorgado para reemplazar con él a todos los otros, de que carecía.

Incumbía a mi belleza el decidir de mí, antes que a mí el decidir de ella.

Tales eran las reflexiones que me hacía en presencia de aquel apacible ho-

gar, donde el marido leía, la mujer bordaba y el niño se entretenía hojeando un libro de ilustraciones.

Era aquello, con toda evidencia, una variante de la felicidad de los señores Hawarden en cuya casa había yo vivido.

¡Qué diferencia entre aquello y el modo de ser altivo, resuelto y orgulloso de miss Arabela! ¡Y qué diferencia también con el ardoroso entusiasmo, con la gloria artística y vida libertina de Rowmney!

La mujer y los niños que Rowmney había abandonado eran sin duda un ejemplar de aquella mujer que bordaba y de aquel niño que miraba grabados. En este supuesto, no me atrevía a reprimirle.

¡Oh, loca juventud! ¡Oh, imaginación insensata!...

¡Ay de mí! cuando, colocada ya en el opuesto extremo de la vida, contemplo con los ojos del arrepentimiento lo que antes miraba con los ojos de la ilusión, ¡cuánto quisiera no haber sido, no la radiante y culpable Emma Lyon, no la rica y poderosa lady Hamilton, sino aquella plácida joven, y pasado mi vida bordando flores, teniendo a mi marido sentado a mi lado y a mi hijo recostado en mis rodillas!...

A las siete, la señora Hawarden nos ofreció el te; a las nueve cenamos. La única diferencia que noté entre las costumbres del señor Hawarden padre y las del señor Hawarden hijo, consiste en que el niño cenó con nosotros.

A las diez me acompañaron a mi cuarto. Ricardo me había traído mi paquetito de viaje, el cual, junto con las cinco libras que me quedaban, constituían toda mi fortuna.

Al otro día, en la incertidumbre de si debía bajar, esperé que me advirtiesen sobre lo que debía hacer. Vinieron a decirme que el desayuno estaba servido, y bajé al comedor.

El señor Hawarden acababa de llegar. Se adelantó hacia mí con aire de viva satisfacción.

—En efecto—me dijo,—he triunfado, y sólo depende de usted el seguir el camino que ayer le tracé. Uno de mis clientes, el señor Plowden, que es uno

de los principales joyeros de Londres, necesita una señorita para el mostrador. Sus ojos de usted podrán muy bien restar algún valor a los diamantes, y sus dientes desmerecer el de las perlas; mas, ¡qué importa! Al principio, percibirá usted cinco libras; más adelante, ya se verá. Hemos quedado en que mañana empezará usted. Yo mismo la acompañaré.

Después, miróme de pies a cabeza, y exclamó:

—¡Diablo!

Mis mejillas se cubrieron de rubor.

—Mi vestimenta, ¿no es eso?

—Sí. ¿No tiene usted un vestido en mejor estado y más a la moda?

Sacudí la cabeza.

—¡Pardiez, que es usted bonita! No me preocupo en cuanto a esto. Su belleza resaltaría entre harapos; pero falta un cierto porte exterior para entrar en esa tienda montada a la moderna. Si hubiese tiempo de aquí a mañana...

En aquel preciso instante llegó la camarera de la señora Hawarden.

—¿Está la señora?—preguntó.

—No; ¿qué quiere usted de ella?

—La señorita Cecilia desea verla.

—¡Precisamente la costurera!—exclamó el señor Hawarden.—Diga usted a la señorita Cecilia que espere, y a la señora que venga.

La camarera salió. Transcurridos cinco minutos, se presentó la señora Hawarden. Yo me sentía completamente confundida.

—Te he mandado llamar—le dijo su marido,—para preguntarte si, de aquí a mañana, podría la señorita Cecilia confeccionar un vestido para esta señorita.

—Es muy difícil—objetó la señora;—sin embargo, espera...

—Está bien; espero.

La señora Hawarden me miró con atención, y, acercándose a mí, midió sus hombros con los míos.

—Creo que voy a resolver el caso—dijo.

—¡Oh! Fío en ti.

—Cecilia—añadió la señora Hawarden,—me trae un vestido sencillo pero elegante. Esta señorita tiene la misma

estatura que yo, acaso es un poco más delgada; pero, en todo caso, si crees que esto sea una solución, que se ponga mi vestido, del que no tengo inmediata necesidad, y Cecilia me hará otro.

Su marido la abrazó.

—Eres un ángel—le dijo.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

—¿Querrá usted, señorita, ponerse un vestido que ha sido hecho para mi mujer?

—Será para mí ocasión de orgullo y satisfacción—respondí.

El señor Hawarden llamó.

—Digan a la señorita Cecilia que entre.

La costurera se presentó.

—Las dejo; el asunto es cosa de ustedes—dijo el dueño de la casa.

Y salió de la habitación.

El vestido me sentaba como si hubiese sido cortado para mí.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, quedaba yo instalada en casa del señor Plowden, esto es, en la más hermosa tienda del Strand, y el señor Hawarden se despedía de mi principal recomendándome cual lo hubiera hecho tratándose de una hija.

Más adelante dispuse de muchos vestidos; pero jamás tuve uno que me gustase tanto ni que me sentase mejor que el de la señora Hawarden.

VII

Si el señor Jaime Hawarden había creído alejarme de la tentación, o apartar la tentación mía, colocándome entre los diamantes, perlas y zafiros del señor Plowden, se engañaba a todas luces. Aquel sabio anatomista, que leía en el pecho y en las entrañas de sus enfermos sus dolencias físicas, no había sabido leer en mi corazón la enfermedad moral que lo devoraba.

Verme obligada a tocar a cada instante tanta variedad de joyas, necesidad superflua de una verdadera mujer; colocarlas al cuello, en las muñecas y orejas de seres a quienes yo superaba

en belleza, pero que venían, con sus maridos o amantes, a aquel foco de luz para brillar luego en bailes y teatros, todo eso, digo, suponía acercar la mecha a un barril de pólvora.

Diez o doce días después, el señor Hawarden vino a saber noticias mías. Se las dieron excelentes. El señor Plowden estaba encantado de mí; decía que la mayoría de los compradores que venían a comprar alhajas para sus consortes o para sus amantes, tomaban el pretexto de sus compras para verme, y que, a serles posible, preferirían de buen grado adornar mi garganta y mis brazos con las piedras preciosas que destinaban a otras mujeres.

Había no poca verdad en tales suposiciones, y, por mi parte, no me pasaba inadvertido el efecto que producía.

Transportado de satisfacción, el señor Hawarden pidió a su cliente que me permitiese ir a pasar en su casa el domingo siguiente, puesto que, según decía, quería darme una sorpresa. Al otro día, a primera hora, él me acompañaría a la joyería. El señor Plowden accedió, con tanto más gusto, cuanto que mi ausencia no podía originarle ningún contratiempo, en razón a que, los domingos, no se abre tienda alguna en Londres.

La casa del señor Hawarden, conforme se habrá podido entender por algo que dejo ya dicho de ella, no era ciertamente un centro de alegres expansiones; pero los quince días que había pasado tras el mostrador, mostrando joyas y halagando a los presuntos compradores, me habían bien predispuerto a aceptar complacida aquel asueto de veinticuatro horas, que para mí serían, ya que no de placeres, a lo menos de reposo.

El señor Hawarden había hablado de una sorpresa, y yo me preguntaba qué sorpresa sería aquella que me preparaba.

El domingo, a la hora del almuerzo, estaba yo en Leicester square.

La señora Hawarden me recibió con su acostumbrada amabilidad.

Era un hermoso día de agosto. Prepararon la carretela, y fuimos a dar un paseo por Hyde-Park.

No conocía de Londres más que las calles de Williers, Oxford, Leicester y el Strand. Aquel paseo aristocrático fué, por consiguiente, el principio de mi entrada en un mundo que me era desconocido. Aquellos pelotones de jinetes con los bizarros trajes de la época, aquellas elegantes Amazonas envueltas en flotantes velos, aquella refinada elegancia de la alta sociedad inglesa me maravillaba.

Habría dado la mitad de mi vida por guiar uno de los faetones que se cruzaban con nosotros, veloces como un torbellino, o por montar uno de los fogosos caballos que escarceaban en la avenida reservada a los jinetes.

Estaba fuera de duda que el señor Hawarden había recurrido, para curarme de la ambición y del orgullo, a un tratamiento que encerraba el peligro de producir un efecto contrario al que se proponía.

Regresamos por Green-Park, que atravesamos a pie para satisfacer al niño, y volvimos a casa, a la hora de la merienda.

Pregunté al señor Hawarden si era aquélla la sorpresa de que había hablado.

—No—me dijo.—Parece, en verdad, que se ha divertido usted; pero me propongo ofrecerle algo más que un simple paseo; quiero que vea a Garrick.

Yo ignoraba completamente quién era Garrick. Con la mayor ingenuidad pedí que me sacasen de mi ignorancia sobre el particular.

—Garrick—me dijo el señor Hawarden,—es un actor, acaso el más grande que jamás haya existido.

Abrí desmesuradamente los ojos.

—Esta noche se presenta al público, quizás por última vez, al paso que por vez primera pisa el escenario una joven actriz, la señora Siddons, que es una hermosa esperanza del arte escénico. Sheridan, que es amigo y cliente mío, me ha enviado un palco para esta solemnidad, cumpliendo así lo que me tenía prometido, y he deseado que usted participe de dicho obsequio.

—¡Cómo!—exclamé;—¿voy a ver una comedia?

—No, una tragedia; pero espero que no habrá de gustarle menos.

Lancé un grito de alegría y palmoteé lo mismo que un niño.

—¡Ah—dije,—cuán bueno es usted, señor Hawarden! ¡Cómo! ¿Voy a ver una tragedia? En tal caso, habrá reyes y reinas en el escenario.

—No, pero en cambio habrá dos enamorados, que bien valen un rey y una reina.

—¿Y cómo se llama la tragedia que veremos?

—Se llama *Romeo y Julieta*, hija mía, y es una de las cuatro obras maestras de Shakespeare.

—¡Y yo voy a verla!—exclamé, saltando de alegría.—¡Dios mío, qué feliz soy!

—Pues tanto mejor—dijo el señor Hawarden;—se siente placer del placer que usted experimenta.

Efectivamente, me encontraba yo en un estado de arrobamiento. A menudo había oído hablar de teatro, pero no tenía de él la menor idea. Algunas pensionistas de la señora Colmann, que habían visto representar, en Chester, a varias compañías de provincia, habían vuelto al colegio como asombradas. ¿Qué no sería en Londres?

—¿A qué hora empieza la función?—pregunté al señor Hawarden.

—A las siete y media en punto.

—¿Y termina?...

—A las once, poco más o menos.

—Así que, el espectáculo dura cuatro horas y media.

—De esas cuatro horas y media—dijo riendo el señor Hawarden,—hay que rebajar la duración de los entreactos.

—Iremos antes que el espectáculo empiece, ¿no es así?

—Cuando se levante el telón, estaremos en nuestro palco.

—¡Oh, Dios mío! ¡No son más que las cinco!

—Menos cinco minutos; pero el tiempo pasará. Tenemos bastante que hacer. Por lo pronto, tomar el te... Precisamente, ahora nos lo traen, e invito a usted a probar de este pudding, puesto que hoy cenaremos tarde. Lue-

go, tendrá usted que hacerse su tocado.

—¡Mi tocado, señor Hawarden! Bien sabe usted que sólo tengo este vestido, que su señora tuvo la bondad de facilitarme; y, salvo que me ponga el famoso vestido azul, no me inquieto gran cosa...

—El azul le sentaba bien, a pesar de lo que usted dice.

—Sí, pero no el vestido. Recuerde usted que, a lo menos, ésa era su opinión.

—En fin—dijo el señor Hawarden,—espero que todo eso tendrá arreglo.

Mis ojos no se apartaban de las agujas del reloj.

—¿No será que este reloj atrase?—pregunté.

—En la familia Hawarden—repuso riendo el doctor,—los relojes nunca adelantan ni retrasan; van rigurosamente al minuto. Cuando hayamos tomado el te y saboreado los pasteles, cada uno se irá a su habitación; serán las seis y media, y de aquí a Drury-Lane se emplean diez minutos.

Después del pisolabis, compuesto de te y emparedados, me fui a mi cuarto, que era el que ya había ocupado anteriormente. No sabía muy bien lo que iba a hacer durante los cuarenta minutos que faltaban para salir de casa, cuando vi sobre la cama un precioso vestido de tafetán azul.

Simultáneamente entró la camarera.

—¿Me permite la señorita que la ayude a vestirse?—preguntó.

Esto diciendo, cogió el vestido.

Entonces comprendí el sentido de las palabras enigmáticas del señor Hawarden, que había dispuesto no solamente llevarme al teatro, sino también regalarme un vestido con que poder ir.

Las lágrimas empañaron mis ojos y sentí la necesidad de correr a expresar-le mi gratitud.

—¿Dónde está el señor Hawarden?—pregunté a la camarera.

—Vistiendo a la señora, a fin de que yo pueda ayudarla a usted y que todos estén dispuestos a la hora de salir.

Entristécióme aquel acto de inmen-

sa bondad, a la que me consideraba incapaz de poder corresponder en ninguna ocasión, y hasta impotente para agradecer.

Quedéme más taciturna que impaciente. Pensaba en aquel hombre que gozaba de una reputación universal, que era uno de los primeros cirujanos de Londres, un anatomista eminente, un sabio de primer orden, y que, a pesar de tantos títulos de gloria, se tomaba el trabajo de vestir a su mujer, para que la hija de la pobre moza de labranza, para que la institutriz de los hijos de su padre y la empleada del señor Plowden, pudiese llegar al teatro a la hora de empezar y no perdiese la parte más mínima del deleite que ella, la humilde joven, se prometía.

Hay en el genio una generosa bondad para con los pequeños, una suprema mansedumbre por los débiles, condiciones que reflejan la omnipotencia de Dios.

A las siete y cuarto el bondadoso doctor llamó personalmente a la puerta de mi habitación.

—¿Y bien—preguntó,—cómo estamos?

Salí precipitadamente, le cogí la mano, y, antes que pudiese adivinar mi intención, estampé un beso en ella.

Me miró; sin duda hube de parecerle muy hermosa, porque, con un movimiento de hombros lleno de tierna piedad:

—¿Reconoces que sería una verdadera desgracia—dijo mostrándome a su mujer que acababa de salir de su gabinete,—si esta maravilla de la Naturaleza se perdiese?

Y seguidamente, como si estuviese arrepentido de haber, con tales palabras, dado pábulo a mi orgullo:

—Vamos, vamos—añadió,—al coche. He prometido a esta niña que llegaríamos antes de levantarse el telón.

Así fué. Tomábamos asiento en el palco cuando empezaba la sinfonía. Tuve tiempo de dirigir una ojeada al brillante hemicycle. Sheridan, el director del teatro, lo había recientemente hecho renovar por el primer decorador de Londres.

Habríase podido creer en un palacio de hadas.

Con respecto a mí, deslumbrada por las luces, magnetizada por la música, fascinada por el oro, los diamantes y las flores, no concibiendo que se pudiese reunir tanta riqueza sin arruinar el universo, me habría sido imposible decir ni siquiera comprender dónde me encontraba.

El telón se levantó. Sólo vi una plaza pública de Verona.

VIII

Aquellos que me hayan seguido en todas las fases de mi infancia, obscura e ignorante, podrán formarse una idea del efecto que produjo en mí esta representación de *Romeo y Julieta*, de que fueron intérpretes el trágico más grande que ha tenido Inglaterra y la más notable trágica que debía tener... Mi cerebro, impoluto como las páginas en blanco de un libro por imprimir, recibió todas las sensaciones de poesía, de amor, de piedad, de terror, encerrados en este admirable poema que, gravitando en mi alma, transportaron mis sentidos al más alto grado de entusiasmo y exaltación.

Tenia yo la misma edad de Julieta, y, como ella, era hermosa y apasionada. Me penetré de aquel amor súbito y exaltado que ella siente por el joven Montaigu, y que, presintiendo su cercana muerte, la impulsa a decir, el primer día, o más bien la primera noche que ve a su amante:

«¡Corre, nodriza, corre! Averigua si es soltero, porque de lo contrario, si es casado, te juro que un túmulo será mi lecho de bodas.»

El señor Hawarden seguía en mi semblante los movimientos de mi corazón, y el profundo psicólogo leía en él todas mis impresiones; para el doctor constituía un estudio curioso con

mezcla de esa dulce satisfacción que provoca la vista del placer o de la dicha que se proporciona.

Y realmente, mi dicha y mi placer eran incalculables. Sobre todo, cuando llegaron las escenas del balcón, la primera tan poética, tan apasionada la segunda, puestas ambas manos sobre el corazón cuyos latidos comprimían, jadeante, inmóvil la mirada, suspendida la respiración, hubiese yo querido, cual Julieta, arrojar a Romeo del escenario y al propio tiempo no apartar mis ojos de su figura subyugadora.

Considérese a qué grado de terror llegué, cuando Julieta, apurando el bebedizo que debe adormecerla, tiembla pensando que se despertará sola en la tumba de sus mayores, rodeada de muertos, y se estremece ante la idea de verlos salir de sus sepulcros.

Después, se produjo la catástrofe, que me causó tanto más efecto, cuanto que fué presentada de una manera completamente nueva, no solamente para mí, sino hasta para los demás espectadores. Sabido es que en la tragedia primitiva, original de Shakespeare, Romeo muere junto a la tumba de Julieta, ignorando que su amada no está más que aletargada, y que Julieta no recobra el sentido sino después de la muerte de Romeo.

Un destello de su genio dramático hace ver a Garrick, o antes bien adivinar una escena terrible que el gran dramaturgo había rozado sin sospecharla: el inspirado trágico despierta a Julieta en el momento que Romeo, creyéndola muerta, acaba de envenenarse, y, en vez de producirse ambas muertes por separado, y por consiguiente, en la soledad, resulta una misma agonía para los dos amantes, la agonía que termina en uno, por medio del veneno, y en otro, por medio del puñal.

El gran actor convierte una escena de dolor en una escena de desesperación, y lleva al espectador de lo bello a lo sublime.

En el momento en que Julieta se suicida, yo me desvanecí, mientras que la sala en masa, entusiasmada por la maravillosa innovación de Garrick y admirada del raro talento que había

demostrado, estallaba en atronadores aplausos.

Mi desvanecimiento fué de corta duración. Una pequeña aspersión de agua fría bastó para reanimarme. Incapaz de sofrenar mi voluntad, así las manos del señor Hawarden y se las estreché, y, sin preocuparme de lo correcto o incorrecto de mi acción, me precipité en los brazos de su mujer, estrechándola contra mi pecho.

Volvímos a casa. La cena estaba preparada; pero bien se comprenderá que no me sentía en disposición de probar bocado. Tenía los ojos encendidos y brillantes, el cerebro lleno de poesía, y de amor y de eucanto el corazón.

Pedí al señor Hawarden permiso para retirarme a mi cuarto. Concediómelo. Luego, fué a su biblioteca, y volvió diciéndome:

—Sé lo que usted quiere. Quiere usted volver al espectáculo. Tome; vaya usted.

Y me entregó un libro.

Era un tomo de Shakespeare que contenía la tragedia de *Romeo y Julieta*.

Prorrumpí en un grito de alegría. El señor Hawarden había adivinado el más ardiente deseo de mi alma, y adelantándose a satisfacerlo.

Corrí a mi habitación, arrojéme sobre una butaca y devoré la obra desde la primera a la última línea.

No apagadas aún mis ansias de lectura, volví a leer las escenas principales, las escenas de amor entre Romeo y Julieta, empezando por la del baile y terminando por la de las tumbas.

Era yo ciertamente incapaz de comprender al genio que había inspirado esa obra maestra de pasión y poesía; pero mi corazón, lleno de juventud, de amor y de esperanza, substituía el saber por medio de la intuición.

Por otra parte, no había olvidado nada, ni un gesto del actor, ni una entonación de la actriz. ¡Y qué actores! ¡Garrick y Siddons!

A eso de las tres, con la mente abrasada, pero vencida por la fatiga me acosté. Y soñé que era Julieta, y que estrechaba entre mis brazos a un Romeo imaginario, y que moría con él,

presa de amor y víctima del sufrimiento.

No tengo por qué decir en qué disposición de ánimo volví a la joyería. Había pedido al señor Hawarden que me dejase llevar el libro mágico. Dentro del coche en que regresaba a la tienda, lo llevaba fuertemente sujeto contra mi corazón, cual si temiese que de repente se echara a volar en alas de tanta poesía como encerraba. ¡Oh! ¡Cuán humillante a mi orgullo me parecieron las atenciones y lisonjas que mi posición me obligaba a prodigar a los clientes del señor Plowden! ¡Ser tan bella como Julieta, y, como ella, poseer un corazón plétórico de amor y poesía, y tener que probar alhajas en una joyería, aunque fuese la primera de Londres, en vez de lucir un vestido de brocado en un baile, y cambiar desde un balcón frases de amor con un apuesto doncel, y escuchar el canto de los pájaros, departiendo con el galán acerca de si era la alondra o elruiseñor el que trinaba! Preciso es convenir en que existía un abismo entre lo que yo era y representaba, y lo que podía ser y representar, entre el sueño y la realidad.

No me atrevía a leer en las horas de trabajo, el cual, por otra parte, era tan continuado, que no me habría permitido hacerlo. El establecimiento del señor Plowden era uno de los más acreditados de Londres, y siempre se veía concurrido, lo que me obligaba a estar constantemente ocupada. Así que, esperé con impaciencia las diez de la noche, que era la hora de cerrar.

No bien cerrada la tienda, subí a mi aposento.

Ya no me limité sólo a leer. En una noche había aprendido de memoria casi todo el drama. Las escenas, sobre todo, que me eran personales, digo, que eran personales a Julieta, estaban grabadas en mi espíritu palabra por palabra, y había retenido, no solamente los versos, sino también los ademanes y las inflexiones de voz de la eximia actriz que había interpretado el papel de la protagonista.

Entonces probé a reproducir las actitudes y modulaciones; pero, en mi orgullo, por más intachable que me

hubiese parecido la Siddons cuando la veía en escena, parecíame, recitando los mismos versos, que le habría sido dable comunicar más flexibilidad a los movimientos y más suavidad a la voz.

En efecto, mistress Siddons, conforme pude juzgarlo posteriormente, insuperable en los papeles de lady Mahbeth y lady Hamlet, dejaba un tanto que desear en otros más tiernos, más apasionados y salpicados de matices como lo son los de Julieta y Desdémona. Pues bien, me parecía que la Naturaleza me había dotado con aquellos atractivos plásticos y con aquel encanto en la voz. Mi cuerpo alto, flexible, proporcionado, podía, a favor de sus naturales ondulaciones, esperar esta perfección de languidez y molicie que los italianos designan con la palabra intraductible de *morbidezza*; parecíame que lo reunía todo a la vez; ¡consorcio singular!, el acento trágico y dulce; mi semblante (hoy puedo decirlo) podía retratar las impresiones con fidelidad tanta, que, hasta cuando reflejaba sensaciones simuladas, imprimía a la ficción, ya en la tristeza, ya en la alegría, un sello de pasmosa realidad. Mi cuerpo conservaba aún su pureza, al paso que la diafanidad de mi alma empezaba ya a empañarse; mi belleza, en fin, poseía esa frescura de indiscutible inocencia que obliga a respetar, en su propia desnudez, a la Venus de Médicis. En una palabra, empezaba a derramar el fuego, pero no quemaba todavía.

Accionando y declamando delante de un pequeño espejo, pasé una buena parte de la noche.

Al otro día, la señora Plowden me preguntó, no sé si con intención irónica o sin malicia, si era costumbre mía soñar en voz alta; los vecinos de mi habitación se habían quejado de no haberles dejado reconciliar el sueño. Rogóme, por consiguiente, que moderase los alardes de mis vocales aptitudes.

Eso equivalía a tener que renunciar a la única satisfacción verdadera que había alumbrado mi existencia.

Proseguí mis estudios nocturnos, pero en voz baja. El mayor de mis anhelos habría sido a la sazón presentar-

me a un empresario y conseguir ser contratada. Pensaba obtener una recomendación para Sheridan; no había olvidado su nombre, aunque en aquella época ignoraba la celebridad que le rodeaba. Pero, ¿cómo hacer semejante petición al señor Hawarden? ¿Dónde encontrar la energía y resolución necesarias para decirle que quería dejar mi colocación por el teatro, el camino recto en que él me había iniciado por la senda fortuosa de la que había creído apartarme? Harto comprendía yo que nunca encontraría en mí misma aquella fuerza ni aquella resolución.

¿Qué hacer?

Esperar; confiar mi causa a la acción de alguno de esos raros acontecimientos que suelen cambiar de repente el curso de una existencia, y asirme en el naufragio al frágil madero de la esperanza.

Quince días se sucedieron, quizá más tristes aún que los anteriores.

Hacia algo más de un mes de mi entrada en casa del señor Plowden, y unas dos semanas que experimentaba el malestar que he intentado describir, cuando un elegante carruaje se detuvo frente a la puerta de la joyería y un lacayo con librea gris perla abrió la puerta, dando paso a una mujer vestida con admirable refinamiento.

Dirigí mis ojos a ella, y estuve a punto de lanzar un grito.

Era miss Arabela.

Entró en la tienda con su paso altivo y resuelto; habríase creído que era la diosa de la moda y de la riqueza, o mejor dicho, la Fortuna encarnada en su persona.

Me vió al instante, cruzó su mirada con la mía; pero ninguna alteración de su semblante indicó que me hubiese reconocido.

Esta actitud no me extrañó; sin duda se habían olvidado de participarle mi visita, y me creía aún en el ducado de Gales, en el supuesto de que no me hubiese olvidado, y la sola circunstancia que pudo atraer sus miradas sobre mí, al verme en la joyería del señor Plowden, era la curiosidad o asombro producido por la semejanza.

Ese asombro, empero, no lo mani-

festó en ninguna forma. Pidió que le mostrasen alhajas, y aunque fui yo la encargada de mostrárselas, me dirigió la palabra como si le fuese completamente desconocida.

Escogió un aderezo de esmeraldas rodeado de brillantes, cuyo precio ascendía a tres mil libras esterlinas.

Hecha su elección:

—Envíeme este aderezo a mi hotel, —dijo,— hoy a las cinco, y la factura con el recibí.

Y designándome con una simple mirada:

—Esta señorita lo llevará—agregó.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

El señor Plowden le contestó que sería obedecida, y la acompañó con mucha cortesía hasta el coche.

—Esta señorita y no otra—repitió antes de subir en él,—¿lo oye usted, señor Plowden? Si no es ella, no le pago el aderezo y se lo devuelvo para no hacer jamás ninguna otra compra en su casa.

—Vaya tranquila Su Señoría—dijo el señor Plowden;—se hará conforme a sus deseos.

Miss Arabela hizo un gesto, y el coche partió al trote.

Yo había quedado anonadada; este suceso inesperado que mi fantasía invocaba, sin poderlo apenas determinar, había sobrevenido al conjuro de mi voz, como esas invocaciones mágicas improvisadas por la varita de las hadas. No había yo buscado a miss Arabela; era ella la que me encontraba a mí. Cualesquiera que fuesen las consecuencias de este encuentro, no faltaba a la palabra empeñada ante el señor Hawarden.

A las cinco, el señor Plowden mandó a buscar un coche, considerando que no sería prudente dejarme ir a pie por las calles de Londres con un objeto de tanto valor. Era el momento decisivo; en mi interior se libraba una violenta lucha; tuve intenciones de pedir al señor Plowden que me apartase de la tentación; pero la tentación vivía en mi ser, dominándolo por completo.

El coche paró en la calle Oxford, número 23. Reconocí el hotel, con el sui-

zo junto a la puerta y el jardín al fondo. El suizo sacudió el badajo de la campana con el aire de importancia que le era habitual. El ama de llaves acudió al llamamiento. Dije que me enviaba el señor Plowden, y me hizo entrar, cumpliendo la orden que se le diera.

Miss Arabela estaba en un pequeño gabinete tapizado de raso celeste. Vestía un rico vestido a lo turco; artísticamente distribuidos en el peinado, adornaban su cabeza una porción de cequíes, y ceñíase con un corsé de terciopelo carmesí recamado en oro que ponía al descubierto una parte de su seno; calzaba chinelas orientales, y, más que sentada, estaba tendida sobre unos almohadones.

Hizo una señal a mistress Northon de que cerrase la puerta y me dejase sola con ella.

—Señora—le dije con voz temblorosa y sin atreverme a mirarla,—he aquí el aderezo que ha escogido usted en casa del señor Plowden y la factura que ha pedido. El señor Plowden me encarga decirle que en ningún caso se la habría mandado, a no haber mediado orden expresa...

Miss Arabela me interrumpió:

—¿Conque es usted, ingrata? —dijo.—¡Acérquese usted!

La belleza ejerce siempre en mí una influencia inmensa, y miss Arabela se mostraba soberanamente bella.

Me acerqué a ella, y me arrodillé cual lo hubiese hecho ante Venus en los tiempos del gentilismo.

—¡Oh, señora—le dije completamente subyugada,—usted me juzga mal! Mi primera visita en Londres fué para usted; era para venir a su lado, para obedecerla y servirla de hinojos, lo mismo que ahora... A eso vine a Londres. Encargué a su servidumbre que la enterasen de mi visita, pero, a no dudar, se había usted olvidado de mi nombre.

—¡Venga usted acá!—me dijo.

Y tirándome por la mano, hízome sentar en los cojines.

—Ya ve usted que no la he olvidado, puesto que he ido a buscarla en la misma joyería de ese insufrible Plowden...

Pero, ¿por qué no ha vuelto usted aquí, a mi casa?

Bajé los ojos, porque iba a mentir.

—Temía que usted no estuviese de regreso en Londres.

—¿Y por qué recomendó usted al señor Hawarden que no me diesen su dirección?

—¡Oh, nunca se lo prohibí!—repuse con viveza,—y seguramente es el señor Hawarden quien...

—Ha querido proteger su virtud—dijo interrumpiéndome,—la cual, a su entender, corría riesgo a mi lado.

Me puse colorada y miré al suelo.

—Vamos, no sabe usted mentir aún —dijo.—Me lo había figurado exactamente así.

Tocó un timbre. La señora Northon se presentó.

—Tome usted—dijo entregándole un fajo de billetes de Banco preparados de antemano,—lleve usted esto a casa del señor Plowden, y dígame que me quedo con el aderezo y con la persona que lo ha traído.

—¡Oh, señora!—exclamé.—¿Cómo quiere usted...?

—¿Querrá usted hacerme creer que echa de menos la joyería del señor Plowden y la condición de empleada de mostrador? Eso sería desconcertar todos mis principios basados en el estudio de la fisonomía. Aquí—añadió riendo,—podrá usted, mi querida niña, declamar con toda comodidad; nadie se quejará de que usted sueñe en voz alta.

—¡Cómo! ¿Sabe usted...?

—Soy muy curiosa; la curiosidad es el pecado de las mujeres bonitas. Repití, pues, que podrá usted declamar con entera libertad, aparte que irá al teatro tantas veces como guste.

—¡Oh! ¿De veras, señora?

—Sí, tal; dispongo de un palco que siempre está desocupado; usted podrá ocuparlo holgadamente.

Y volviéndose hacia la señora Northon, dijo con amable entonación:

—¿Qué está usted haciendo?

—Debo recordar a Su Señoría que de cinco a seis espera una visita, y que si personalmente voy a casa del señor Plowden, por más que no diste mucho

de aquí, esa visita puede llegar en mi ausencia y no encontrar quien la reciba.

—Tiene usted razón; envíe a Tom. Si esa persona viene, ruéguele que aguarde un instante en el salón, y avíseme. ¡Retírese usted!

Mistress Northon salió.

—Veamos estos diamantes—dijo miss Arabela con negligente acento.

Le presenté el cofrecito.

—Verdaderamente, son maravillosos.

—¡Oh, poseo ya tantos, Dios mío! Pero Jorge me dijo ayer que las esmeraldas son sus piedras predilectas. Conviene complacer en algo a las personas que... ¡oh! iba a decir *que pagan*, en vez de decir *que aman*.

Yo la miré. Un sudor frío inundó mi frente; empezaba a creer que el señor Hawarden tenía razón; pero ya era demasiado tarde.

—Ayúdeme usted a poner este aderezo—me dijo Arabela.

¿Había yo ascendido o bajado pasando de la joyería del Strand al hotel de la calle de Oxford? Difícil cosa era averiguarlo. En la joyería era la sirvienta del público; en el hotel, la camarera de miss Arabela.

Estando en la tarea de ponerle el aderezo, entró de nuevo la señora Northon.

—Está él—dijo.

—¿Dónde?

—En el salón.

—Acompañe usted a esta señorita al departamento que mira al jardín; procure que no le falte nada, y que Sara se ponga a su servicio.

Mistress Northon abrió una pequeña puerta de escape, y me invitó a seguirla, en tanto que Arabela, levantándose y dando algunos pasos por el salón, dijo con la más suave expresión de su voz:

—¡Entre usted, mi querido príncipe!